

Recordar, compartir, aprender

Cáceres

Esperanza Fondón Talavera, 90 años

César Rina Simón, 22 años

EL PRIMER BAILE

Podría narrar la pobreza de la posguerra o el dolor de las víctimas de la guerra. Describiros antiguas enfermedades, o como los mendigos se disputaban un trozo de pan. Quizá lograra sensibilizar a alguien, pero traicionaría el espíritu transmitido por Esperanza Fondón. Si algo ha aprendido de la vida es el sentido del humor, la risa como antídoto frente al tiempo. Dicharachera y chisposa, trasluce una alegría incontrolada, unas ansias por apurar el oxígeno del mundo. Por ello he renunciado al drama. Legaré al futuro su pasión por la brevedad, por el amor.

En todas nuestras citas, Esperanza derrochó ironía, incluso sarcasmo. Apoyada en una silleta que le permite andar con seguridad, irradiaba una energía infantil. Siempre dispuesta a enseñar fotos mientras, a media mañana, comía unos churros azucarados. Reconoce su travesura, la pasión por el baile, el gusto por el ambiente. Presume, pizpireta y risueña, de las pocas joyas que aún no ha repartido entre su familia, el eje de su existencia, por la que se ha entregado en unos tiempos difíciles.

Esperanza, también conocida popularmente como “la morena”, por su tez tostada al ritmo de la dehesa extremeña, nació en Alcántara, aunque pronto se trasladó con su familia a Arroyo de la Luz. Su padre era administrador de un gran terrazgo, lo cual le situaba en una posición intermedia, entre la opulencia nobiliar y los paupérrimos jornaleros. No era el ambiente deseado por la niña, apasionada del contacto con el pueblo y la algarabía de sus calles. De esta manera, se trasladó al centro de la población, acogida por su abuela.

Corría el año 1931, ella tenía 13 años, aunque el transcurso del tiempo haya tendido a ironizar sobre las fechas y los números. Era una apasionada de los bailes, y aquel domingo, todos los jóvenes acudirían, con sus mejores galas, a disfrutar de los movimientos acompasados y, sobre todo, a rondarse. Aún le quedaba un año para poder acudir a estas fiestas, pero su rebeldía innata salía a relucir en los momentos necesarios. Además, contaba con la protección paterna, que trataba de alejar a los pretendientes de su hija. Su belleza ejercía de imán.

Aquella tarde escogió sus mejores galas. El mandil rojo con bolsilleros bordados de filigrana negra y el mantón de seda, acomodado a sus hombros, también bermejo, competían en intensidad con sus mejillas marcadas. El prieto corpiño elevaba su cuerpo y en la faltriquera, florida y dorada, guardaba una perra gorda. El aderezo culminaba en unos inmensos pendientes bañados en plata, de mocárabes arábigos, y un moño perfecto, simétrico, recogido con una horquilla que había pasado por varias generaciones. Finalmente, pellizcó sus pómulos y se contempló en un viejo espejo ennegrecido. Un lunar atrayente la hacía única, y generaba los comentarios más picantes entre los adolescentes descarados.

Segura de sí misma, ennoblecida por el barroquismo de su atuendo, se acercó al baile. Todos se conocían, y pronto comprendieron que “la morena” no debía estar en aquel lugar por su juventud. Pero su tenacidad superaba la vigencia de la ley. En la puerta de acceso encontró los primeros problemas, pero nadie se atrevió a pararla. Aquel baile, el primero para Esperanza, resumaba toda la magia esperada.

Habían acudido todos los jóvenes del pueblo, uniformados para la ocasión. Moños y joyas atraían todos los impulsos amorosos. En la sala regía una absoluta libertad y, necesariamente, la confidencialidad se cerraba entre las cuatro paredes. Pese a todo, la contención y el recato marcaban los movimientos femeninos. Los cuerpos no se tocaban, limitándose a mostrarse, en todo su esplendor, formando un abismo insalvable para los enamorados.

Recordar, compartir, aprender

“La morena” pronto atrajo todas las miradas. Su piel opaca, enaltecida por un moño manierista y, sobre todo, su lunar, al que todos dirigían sus miradas. Pero ella había venido a bailar y descubrir el misterioso mundo de la fiesta, todo era nuevo para ella. Disfrutaba como si estuviera vislumbrando un lugar paradisíaco, repleto del tesoro de la inocencia.

Por entonces ya le rondaba un hombre, un par de años mayor. Les gustaba pasear -en un tiempo en el que las parejas hacían del caminar un placer reiterativo- y correr el uno tras el otro, sin alcanzarse. Todos ansiamos aquellos tiempos en los que nos divisábamos, pero no entrábamos en contacto por la indecisión ante lo desconocido. Así era su juego sentimental, una manera de reírse de la vida.

Aquella noche de baile no se dejaron ver juntos, pero sus almas estaban conectadas. Una línea imaginaria separaba el espacio por géneros, al menos entre los más jóvenes de la fiesta. Al anochecer, “la morena” decidió regresar a casa, temerosa por la reprimenda que le iba a caer por haberse adelantado a su edad.

Por su puesto, la acompañó su novio, digno protector ante la oscuridad de los callejones. Continuaron riendo y saltando, su amor pertenecía a los anales del humorismo. Finalizado el trayecto, allá en el portón de su casa blanca, se detuvieron. Él no pudo resistir la belleza bermeja y la besó suavemente en la mejilla, atenuando las sombras en aquel punto de su cuerpo.

Esperanza no podía permitir aquella aceleración, aquella prisa por el roce de su piel, y sin más dilación, abrió su mano enérgica y le asestó una sonora bofetada. Los papeles se invirtieron, ahora eran los pómulos masculinos los que brillaban. Cargada de rencor y desprecio, humilló los sentimientos. Él, irrumpiendo en lágrimas, sólo pudo balbucear: “Me las pagarás con más besos”, nos cuenta Esperanza con orgullo y cierta gracia. Ella se marchó con el rostro izado.

Aquél fue el hombre de su vida. Años después de la guerra, cuando volvió del frente, se casaron y compartieron eternamente su felicidad. Ella le recuerda joven, bello. Es la única memoria posible de una enamorada.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Era de esperar. Lo realmente importante en la vida de Esperanza es su familia. Habla como esposa, madre, abuela, bisabuela... Esta nonagenaria no ha podido enfrentarse a los pequeños despistes que impone el tiempo, aunque su humor vence cualquier contratiempo. Sin duda, el amor a los suyos han marcado sus días, la formación y educación de una familia han sido su sino.

Pese a los avatares de la guerra y la posguerra, su familia logró solventarlos con cierta facilidad. Su marido cuidaba las tierras de un gran propietario, y allí residieron años, en la libertad del campo y la seguridad del ganado. Dedicó su tiempo a la costura, para colaborar más, si cabe, en la economía doméstica. Todos sus actos iban destinados al bien de los suyos.

Sin embargo, después de las entrevistas, he podido comprobar que todo el trabajo de Esperanza fue posible gracias a su gracia, su salero. Cada sonrisa, cada broma, le sirven para mantenerse firme, como un roble seco del que brotan flores. Los que la conoce saben el secreto, la chispa de su vida es una sonrisa.